

# Discursos racistas en Chile y Perú durante la Guerra del Pacífico (1879-1884)

## *Racist discourse in Chile and Peru during the War of the Pacific (1879-1884)*

Juan Carlos Arellano G.\*

---

**Resumen:** La guerra es un momento trascendente en la historia de las naciones. Este artículo rescata las percepciones subjetivas que definen la realidad moral de la guerra. Para ello, se analizan los discursos bélicos esgrimidos en Chile y Perú durante la guerra del Pacífico. Las arengas guerreras son consideradas artefactos culturales que le otorgan el sentido al conflicto. La hipótesis de este trabajo plantea la existencia de un discurso racista articulado a partir de la realidad histórica e ideológica de la época. En los discursos sobresalen las figuras del ‘roto’ y del ‘cholo’ al ser los arquetipos nacionales que sirven para homogenizar y exacerbar aquellas cualidades consideradas claves de los pueblos en pugna. Este estudio se adscribe al enfoque que estudia los lenguajes políticos, colocando su atención en el contexto en el cual se articulan y desarticulan los discursos. Las fuentes que utiliza son principalmente los periódicos y proclamas del período.

**Palabras-claves:** Guerra. Discursos. Raza. ‘Roto’. ‘Cholo’.

**Resumo:** A guerra é um momento transcendente na história das nações. Este artigo resgata as percepções subjetivas que definem a realidade moral da guerra. Para isso, são analisados os discursos de guerra apresentados no Chile e no Peru durante a Guerra do Pacífico. Os discursos belicosos são considerados artefatos culturais que dão sentido ao conflito. A hipótese deste artigo discute a existência de um discurso racista articulado a partir da realidade histórica e ideológica da época. Nos discursos estão as figuras do ‘roto’ e do ‘cholo’, a ser seus arquétipos nacionais que servem para homogeneizar e exacerbar aquelas qualidades consideradas essenciais dos povos em conflito. Este trabalho é atribuído à abordagem que estuda as linguagens políticas, colocando sua atenção para o contexto em que se articulam e desarticulam os discursos. As fontes utilizadas são, principalmente, jornais e proclamações do período.

**Palavras-chave:** Guerra. Discurso. Raça. ‘Roto’. ‘cholo’.

---

\* Profesor del Departamento de Sociología y Ciencia Política de la Universidad Católica de Temuco. Magíster en Ciencia Política y Doctor en Historia (PUC). E-mail: <jarellano@uct.cl>.

**Abstract:** War is a transcendent moment in the history of nations. This article examines the subjective perceptions that define the moral reality of war. To this effect, it focuses on the belligerent discourse used in Chile and Peru during the War of the Pacific. These are considered cultural artifacts that furnished meaning to the conflict itself. The hypothesis posits the existence of a racist discourse predicated upon the historical and ideological realities of the time. The speeches underscore the images of the Chilean ‘roto’ and the Peruvian ‘cholo’, which constitute national icons used to homogenize and exacerbate key qualities of the peoples in conflict. This study draws upon an analytical approach that studies political discourse and focuses on the context within which it was formulated and reformulated. The article draws upon newspapers and the political proclamations of the period as the primary source material.

**Keywords:** War. Discourse. Race. ‘Roto’. ‘Cholo’.

---

## Introducción

Una de las características más subrayadas del lenguaje nacionalista, es su énfasis en la raza y lo cultural como factor diferenciador de los pueblos. En la guerra del Pacífico (1879-1884) los discursos bélicos chilenos y peruanos no estuvieron exentos de esta semántica racial. La arenga racista fue alimentada por una concepción histórica nacionalista que emergió desde el inicio de la guerra, narrativa que fue forjada sobre la base de la diada “civilización y barbarie”. El discurso civilizador estuvo sumido en un paradigma positivista y de progreso al definir la guerra como la batalla entre la “civilización” y la “barbarie”,<sup>1</sup> representación que influyó en las narrativas bélicas que exacerbaban las particularidades de la raza como elemento definidor del destino de la guerra.

El discurso racial chileno en tiempos de guerra, sirvió para confirmar una idea de nación que buscaba incorporar a las masas bajo una concepción racial de carácter homogeneizador que contribuyó a fortalecer la distinción entre las naciones enemigas y el resto de América Latina. Por otro lado, en el Perú, el discurso racista fue esgrimido como una forma de denostar al enemigo, al resaltar sus características bárbaras, consideradas propias de pueblos salvajes. Ambos discursos derivan de una perspectiva nacionalista inspirada por una noción civilizadora que esgrimió la idea de raza, propia del positivismo y el darwinismo social

---

<sup>1</sup> La historiadora peruana Carmen Mc Evoy realiza un excelente estudio sobre la guerra del Pacífico en Chile subrayando la concepción civilizadora dominante en los discursos y prácticas de la clase política y la sociedad, véase: MC EVOY, C. (2011) *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales.

de la época, para aportar los argumentos que legitiman el conflicto a partir de la noción de progreso o atraso de las naciones. Este discurso nacionalista estará presente en las arengas guerreras de chilenos y peruanos transformándose en la variable para explicar el desarrollo y desenlace de la guerra.

El objetivo de este estudio es comprender, parafraseando a Michael Walzer, la realidad moral de la guerra y a partir de ello dilucidar los argumentos que invocan los publicistas y oradores para salir en la defensa de su nación (2001). Esto quiere decir que se busca esclarecer los razonamientos morales que la opinión pública chilena y peruana invocaron para declarar la guerra como justa. No es entonces un examen sobre la legitimidad de la guerra en términos del derecho internacional, o sobre la pertinencia política o militar, sino sobre las concepciones del bien, establecido por los principios de justicia que nacen de los valores ampliamente compartidos por la comunidad internacional de occidente. Para esto revisaremos entonces, el debate entre los tribunos de la opinión pública chilena y peruana, iluminando las razones morales que justifican el conflicto bélico. La hipótesis plantea la existencia, en los discursos de guerra de chilenos y peruanos, de un lenguaje nacionalista que enfatiza los elementos raciales y culturales como elementos diferenciadores para explicar las causas, el desarrollo y los efectos de la guerra. Entre los argumentos morales sobre las cuales se declaró la guerra es posible reconocer justificaciones de corte racista y cultural, las que se encuentran imbricadas en un mismo discurso. En este lenguaje político palabras como “roto”, “araucano” y “cholo” adquirirán un sentido especial en la retórica bélica, a la luz de la mirada civilizadora en la cual estaban sumidas las elites de las naciones en pugna.

Es importante subrayar que esta mirada civilizadora guerrera nace de una concepción en la que civilización y progreso se encuentran relacionados, al ser utilizados para definir los estados de organización de las sociedades.<sup>2</sup> De esta forma, la civilización es inscrita dentro de un proceso colectivo en que las sociedades dulcifican sus costumbres, educan su espíritu, cultivan las artes y las humanidades, desarrollan el comercio y la industria, alejándose del salvajismo y la barbarie. El concepto civilización en América Latina estuvo muy influenciado por las corrientes positivistas y darwinistas sociales que predominaron en la

---

<sup>2</sup> Un estudio que analiza las diferentes acepciones de la civilización desde que pierde su connotación jurídica en la segunda mitad del siglo XVIII es el de STAROBINSKI, J. (1999) La palabra civilización. *Prismas. Revistas de Historia Intelectual*, 9-36.

segunda mitad del siglo diecinueve en el ámbito político y cultural. En consonancia, con el anhelo de saltar al estadio de la civilización, comenzó a influir en esta misma época un “racismo científico” que entregaba las explicaciones de los avances y retrocesos de las sociedades a partir de la “jerarquía natural de las razas” que terminó por legitimar culturalmente la “violencia física” a las razas catalogadas como inferiores (Sánchez Arteaga, 2007). Esta concepción si bien puede parecer contradictoria considerando que el mestizaje es lo que caracteriza la condición racial en América Latina, distanciándose con esto del ideal de pureza racial europeizante predominante en la época, la construcción discursiva que analizaremos a continuación debió agregar nuevos elementos como la cultura y la historia, los cuales serán leídos bajo la lupa racial y del progreso, en función de crear ficciones homogeneizadoras de la nación.

Por tanto, el discurso racista es definido en un sentido amplio al considerarlo como parte de una cultura racista, lo que implica que supera su significado naturalista al permear otras categorías como las culturales y las de clase (Goldberg, 2002). El pensamiento racista es concebido como parte de una construcción discursiva racional que es producto de la modernidad y que se orienta a la formación de categorías dominantes que delimitan lo normal y lo anormal, definiendo los mecanismos de inclusión y exclusión. De esta forma, la cultura racista no se reduce al racismo biológico, por tanto es un fenómeno que es parte de la modernidad. Para el teórico David Goldberg el racismo ha tenido diferentes mascarar en la historia de la modernidad, a su juicio y confirmando lo anterior, la cultura racista ha permeado otras formas de exclusión como la significación de clase o la distinción social, la cultura y la nación (2002). Con esto el racismo, en su sentido discursivo, pierde su condición esencialista e irracional al ser parte de una cultura general de ideas, actitudes y disposiciones, normas y reglas, lenguaje y literatura, las que se transforman en el soporte de las representaciones raciales. Es en definitiva un “sistema de significación”, acompañado de un “sistema material de producción” discursiva, que contribuyen a definir las categorías morales que idealmente deben regir la sociedad. Por lo tanto, la concepción racista es una invención cultural que debe ser pesquisada en su temporalidad. En este sentido, el examen al discurso racista pregonado en la guerra del Pacífico no sólo se circunscribirá a nociones racistas de tipo biológico sino que se considerarán también formas de inclusión y exclusión que incorporan lo cultural, lo nacional, lo étnico y el clasismo, las que serán utilizadas para legitimar el conflicto.

El factor racial como variable causal fue una de las conclusiones que historiadores chilenos esgrimieron para explicar la victoria chilena en la conocida guerra del Pacífico. Las palabras del historiador chileno Gonzalo Bulnes, quien publicó una de las más detalladas obras sobre esta guerra, ha sido recurrentemente citado por la historiografía de Chile y Perú, ya sea para confirmar o cuestionar sus ideas. Una de las afirmaciones más polémicas de la obra de Bulnes realizada para explicar la victoria chilena en la guerra, está impregnada por esta concepción racial y civilizadora que se esgrimió a lo largo de la guerra: “Lo que venció al Perú fue la superioridad de una raza y una historia; el orden contra el desorden; un país sin caudillos contra otro aquejado de este terrible mal”. Para probar esta afirmación, Bulnes recrea un diálogo después de las batallas de Lima, entre el militar chileno Patricio Lynch y el almirante francés Du Petit Thouars, donde el primero le pregunta a un soldado herido chileno y otro peruano “¿Y para qué tomó Ud. Parte en estas batallas?” el soldado peruano le contestó que la razón era por algún general o caudillo peruano, mientras que los soldados chilenos le habrían contestado todos “por mi patria” (1914). Esta percepción sobre la guerra contribuyó a afianzar un nacionalismo que se propagó a principios del siglo veinte con ensayos y estudios que rescataron la figura del “roto”, en contexto en el que la élite volvía a mirar con desconfianza a este personaje popular. Entre los trabajos más emblemáticos sobresalen los de Nicolás Palacios (1918)<sup>3</sup> y Roberto Hernández (1929), que finalmente derivaron en una historia nacionalista de corte racista forjada en la obra del historiador Francisco Encina (1940-52) uno de los historiadores más leídos en Chile. El rescate del “araucano” fue la combinación perfecta para el diseño de una arenga guerrera que recogió todo el imaginario épico de la conquista sembrado por Alonso de Ercilla en “La Araucana” que, como señaló Mario Góngora, se constituyó en un elemento crucial para crear un “sentimiento de chilenidad” fundado en la idea de Chile como una “tierra de guerra” (Góngora, 1981).

El Perú no estuvo libre de los juicios raciales para explicar el desastre de la guerra. A diferencia de lo ocurrido en Chile, la guerra más que consolidar una percepción respecto a la identidad nacional con características raciales, fue un punto de inflexión para pensar nuevamente en la reconstrucción y la unidad nacional sobre la base de un ser mestizo, enfatizándose el carácter indígena. “La generación del novecientos” en la que se incluyen intelectuales de la talla de José de la Riva-Agüero y Osma, Víctor Andrés Belaunde, José Gálvez,

<sup>3</sup> Su primera edición fue publicada en 1904.

Francisco García Calderón y Julio C. Tello, nos ofrecen testimonios de cómo el Perú comenzaba a reconstruirse identitariamente a partir de la exacerbación de elementos raciales, teniendo a la historia como principal instrumento para rescatar las raíces de un pueblo que sería el fruto del mestizaje. Con esta generación de intelectuales el discurso civilizador que miró principalmente a Europa, comienza a derrumbarse por la perspectiva racial que entabla la conciliación de la herencia europea, indígena y africana, acuñándose el concepto de “Peruanidad”. De igual forma la “generación del Centenario” integrada por Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea, José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez se insertan en el mismo camino del rescate de la visión mestiza planteada por la generación predecesora (Puente, 1999-2001). Es así como las perspectivas raciales que subrayan las diferentes particularidades étnicas y culturales se transforman después de la guerra, en explicaciones para darle un sentido y significado a las interpretaciones históricas y las ideas de nación, dejando pendiente un estudio que investigue los orígenes de estas nociones e imágenes diseminadas a lo largo del siglo veinte.

La primera investigación en analizar este enfoque racial es el artículo de Jeffrey L. Klaiber, que sostiene la existencia de un prejuicio racial antes de la guerra y que este fue un acontecimiento que, producto del triunfo de Chile, “sirvió para confirmar, fortalecer y aún popularizar el mito de superioridad racial chilena” (1978). Plantea además que, a diferencia de lo sucedido en Chile, en el Perú hubo un efecto inverso. Compartimos plenamente los juicios de este historiador, sin embargo, su estudio no devela cómo este lenguaje político se fue tramando a la par con los acontecimientos bélicos. En Chile se ha prestado atención al tema de forma indirecta al investigar la figura del “roto chileno”, estableciendo que es parte de un imaginario o símbolo nacional que buscó la homogenización del mundo popular en el siglo diecinueve y principios del veinte. En esta línea Gabriel Cid realiza un estudio en el que se reconstruye la representación del roto como “ícono nacional”, subrayando que en el contexto de la guerra se convierte en una figura clave en los discursos bélicos que exaltaron la etnicidad como elemento diferenciador (2009).<sup>4</sup> Sin embargo, la mirada de este autor no repara que

<sup>4</sup> Para una perspectiva más comparada véase: MARTÍNEZ, J., MARTÍNEZ, N. & GALLARDO, V. (2003) ‘Rotos’, ‘cholos’ y ‘gauchos’: la emergencia de nuevos sujetos en el cambio de algunos imaginarios nacionales republicanos (siglo XIX). IN ARAYA, A. (Ed.) *Nación, Estado y cultura en América Latina*. Santiago, Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile. Para un análisis sobre la representación del roto en el siglo véase: GUTIÉRREZ, H. (2010) La exaltación del mestizo: La invención del Roto Chileno. *Universum*, 1, 122-139.

la necesidad de acentuar los elementos raciales no fue una característica particular del nacionalismo chileno, sino parte de un contexto más amplio que sale a la luz del análisis de la historia de los lenguajes políticos.<sup>5</sup>

En un plano más general, Claudio Véliz define el nacionalismo en América Latina, en relación a su contenido retórico durante el siglo diecinueve, como “extrovertido”. Este nacionalismo extrovertido implicaría un fuerte rechazo a la herencia española manifestándose a la vez muy receptivo de lo británico y francés (1984). Sin embargo, la definición de Véliz debe ser matizada porque este lenguaje nacionalista fue capaz de re-significar el discurso para las realidades nacionales aportándole un nuevo sentido. Lo planteado por Véliz puede ser interpretado entonces dentro de lo que Elías Palti define como una mirada “genealógica” de la historia de la ideas, al colocar el lenguaje político latinoamericano en una condición periférica (2007). El nuevo sentido de que hablamos, será posible constatarlo a lo largo de la guerra en la que se elaboraron discursos propios de un racismo culturalista que se forjó al rescatar algunos símbolos e imágenes de los paisajes nacionales. En los discursos de guerra que analizaremos más adelante, será posible constatar cómo el pasado nacional y las figuras representativas del mundo popular tuvieron un papel central en la construcción de las arengas guerreras. Estas creaciones discursivas tuvieron como objetivos la formación de una identidad nacional que despertara un espíritu nacionalista homogeneizador y unificador. Pero esta narrativa más bien de “puertas adentro”, es parte de un contexto de guerra en que es necesario enviar mensajes al enemigo y a las naciones vecinas con el objetivo de justificar ante el mundo el conflicto armado. Este es un discurso “puertas afuera” que necesita de un lenguaje común que le permite establecer el diálogo con otras naciones, he ahí la necesidad de lidiar con la concepción civilizadora y racial imperante en la época que establece los estadios de progreso o civilización de las naciones.

A través del ensamble del discurso “puertas adentro” y “puertas afueras” se creará un lenguaje nacionalista que exacerbaba las condiciones raciales y culturales como diferenciadoras de las naciones

---

<sup>5</sup> Para una análisis de la escuela de la nueva historia intelectual o los lenguajes políticos véase: PASCUALE, M. A. D. (2011) Desde la historia de las ideas a la nueva historia intelectual: Retrospectivas y perspectivas. Un mapeo de la cuestión. *Revista Universum*, 26, 79-92, VALLESPÍN, F. (2000) Aspectos metodológicos en la Historia de la Teoría Política. IN VALLESPÍN, F. (Ed.) *Historia de la teoría política*. Madrid, Alianza.

y que finalmente aportara las razones morales que legitimarán la guerra. Es el caso del ‘roto chileno’, si bien su representación no responde a una concepción racial sino más bien de clase, en el contexto de la guerra simbolizará al mestizo representante de características particulares del pueblo chileno. El ‘roto’ estará inserto en las arengas chilenas, resaltándose sus cualidades positivas consideradas representativas de una raza y un pueblo. Por otro lado, para los escritores y oradores peruanos adquirió un sentido completamente distinto, ya que era utilizado como un ejemplo para explicar la barbarie y el salvajismo chileno demostrado en las campañas de la guerra.

Los chilenos, a su vez, dirigieron sus sátiras a los mestizos peruanos de carácter popular denominándolos como ‘cholos’, asignándole una connotación racial desdeñosa. En el discurso bélico peruano no se utilizó la representación del ‘cholo’ para la construcción de un arquetipo de los sectores populares, a fin de ser integrados al imaginario nacional. Sólo Piérola manifestó discursivamente la intención incluir a los sectores indígenas y populares, al declararse por decreto en mayo de 1880, como “Protector de la raza indígena”. Sin embargo, este discurso oficialista no se transmitió con fuerza en las arengas y escritos de la época. El reconocimiento simbólico del cholo sólo sería rescatado en años posteriores por una serie de intelectuales que buscaban reconstruir el Perú.

## **La raza como principio de distinción entre las naciones**

La opinión pública chilena no se tardó en la creación de este discurso racial. En los primeros meses de estallado el conflicto con Bolivia, ya comenzaba a circular una proclama con una canción de Carlos Walker Martínez que exaltaba: “¡A las armas! Valientes chilenos /Noble estirpe de raza viril!”.<sup>6</sup> Esta idea de raza se comienza a constituir a partir de dos ejes de la representación simbólica: ‘el araucano’ y ‘el roto chileno’. A medida que se hacía más irreversible el conflicto, más se exaltaba el discurso nacionalista racial que tenía como objetivo distinguirse de los pueblos que amenazaban a la nación. La noticia de una posible triple alianza obligaba a los propagandistas chilenos a subrayar cualidades nacionales que entregaría el éxito en la contienda. *La Voz de Limache* sostenía que ante las “tempestuosas nubes” no había que preocuparse si es que no teníamos guerreros tan famosos como Napoleón en Chile,

<sup>6</sup> La canción fue inserta en un suelto publicado por: Eugenio Segundo Vásquez, “LAS ARMAS!!!”, Imprenta El Porvenir, Valparaíso, 1879.

porque “somos descendientes de Caupolicán y Lautaro, de Carrera y Freire, de Las Heras y O’Higgins” (*La Voz de Limache*, Limache, 15 de marzo de 1879, p. 2). De este modo, la historia republicana fue vinculada de manera simbólica, con los míticos araucanos, estableciendo una continuidad histórica que tiene por objeto subrayar las cualidades guerreras y victoriosas del pueblo chileno.

Paralelamente se forjó la imagen negativa de la nación enemiga. *El Pueblo Chileno* acusaba la inevitabilidad de la guerra, pero manifestó su confianza en que los “pueblos viriles, no son vencidos”. La distinción fue establecida al manifestar sobre el pueblo peruano y boliviano, un fuerte desprecio, señalando que “los sibaritas del Rimac” movilizaran a “las hordas de los sanguinarios coyas y de los cholos” los cuales irán a la guerra como “esclavos y nosotros con pecho levantado,” agregando que sólo en Chile existen ciudadanos que “comprende y aman la libertad” (*El Pueblo Chileno*, Antofagasta, 3 de abril de 1879, p. 2). El discurso esgrimido refleja un fuerte racismo y menosprecio, al calificar a estos pueblos la condición de bárbaros.

Mientras tanto en el Perú, no estuvieron libres de estos adjetivos, destacando de forma peyorativa la descendencia araucana de la nación chilena para construir su imagen salvaje. El conocido publicista Manuel Atanasio Fuentes, a través de las columnas del satírico periódico *El Murciélagos*, publicó una canción titulada “La Araucana”, cuyas letras buscaban subrayar el carácter bestial de la nación chilena: “Sangre exterminio / Haya por do quier! / Haya por do quier! / Fuego y degollina / Ese es mi placer! / Ese es mi placer!” (*El Murciélagos*, Lima, 26 de abril de 1879, p. 16). El lenguaje racista fue un arma utilizada tanto por los escritores del Mapocho como del Rímac, cuyas expresiones con el trascorrir de los acontecimientos, aumentarán en calibre y virulencia. En el mes de junio, *El Murciélagos* fiel a su estilo, se mantuvo firme para responder las arengas chilenas: en uno de sus artículos que tituló “Otro bruto”, discute un escrito realizado por Benjamín Vicuña Mackenna y Manuel Aldunate sobre “la historia y estado actual político, moral y social de la República Oriental, Argentina, Boliviana y Peruana”, donde habría desplegado sus impresiones sobre la sociedad peruana y cualidades raciales. Fuentes, con la misma virulencia que la de los publicistas chilenos, respondió en el mismo estilo y similares argumentos, reconociendo la existencia de una raza peruana que se formó desde el período de conquista, luego de mezclarse la sangre española, indígena y negra, señalando que el resultado histórico fue muy distinto al que han llegado sus interlocutores:

Los peruanos son ciertamente hijos de los bravos gitanos que acompañaron a Pizarro, de los indios de raza pura, y de los negros; de ahí ha resultado la actual raza, envilecida, porque, según el mucho más vil Aldunate, hay razas envilecidas; pero la raza actual de Chile, no degenerada hasta hoy, viene de ladrones sus conquistadores, presidiarios, más que gitanos, y de los salvajes; por eso, esa raza pura es hasta hoy lo que fue en su origen, de ladrones de asesinos, apenas contenibles con el azote dado por manos del verdugo. (*El Murciélago*, Lima, 11 de junio de 1879, p. 66).

El fuerte diálogo entre los publicistas chilenos y peruanos refleja como gradualmente la mordacidad de los discursos, marcados por un tinte racista, el que es explicado por un sentimiento nacional naturalista. La idea de una raza amenazada comenzó a circular por todo Chile, a través de las arengas improvisadas y los artículos, los que fueron construyendo gradualmente este concepto desde el comienzo de la guerra. La historia, como hemos señalado, fue uno de los principales insumos para construir el discurso nacionalista que perseguía justificar por todos los medios, la condición de raza y pueblo diferenciados de las naciones enemigas. En Concepción, en un mitin organizado en su plaza a fines de abril, el orador Manuel Valenzuela Ortiz declamó algunas palabras. En el discurso se invitaba a los soldados a marchar al desierto, a defender a la patria, calificando a los peruanos de “eunucos y farsantes de América” manifestando que en los pechos chilenos se inflama “el corazón ardiente de Rengo y Tucapel”. Con el pueblo araucano incluido en su narrativa, más adelante afirma: “la raza de nosotros es de valientes” (*La Verdad*, Valdivia, 27 de abril de 1879, p. 1).

En la noción de raza chilena se comienza a tejer una retórica bélica que rescata fundamentalmente la mitología de los araucanos como pueblo indomable y guerrero del cual los chilenos serían herederos. En Valdivia, Eugenio González Bustamante, en el contexto de la inauguración del “Club Patriótico”, arengó a los participantes a defender los derechos conculcados por las repúblicas enemigas, planteando como ventaja, que los soldados chilenos tienen en sus venas “sangre del fuego del español, mezclada con la lava de los volcanes de Arauco o en otro términos la sangre de Pelayo con la de Caupolicán y Lautaro”. Compara además, la historia de la conquista peruana con la de Chile, al señalar que “Pedro de Valdivia no pudo matar un solo araucano imponente” y desestima la valía de la sangre indígena peruana cuando asevera que “las afiladas espadas españolas se mellaron en el pecho de granito de los hijos de Chile; mientras que en la sedosa piel de los cholos peruanos, mas se

afilan”. Los pueblos indígenas en este discurso, son diferenciados en términos bélicos a partir de los resultados de la historia de la conquista, de allí que plantee el conflicto como una lucha histórica en donde los “degenerados descendientes de los Incas reciban el castigo que merecen por su traición cobarde” (Ibíd.). La mirada histórica chilena transgrede los límites de la historia republicana para ser leída sobre la base del encuentro y mezcla entre españoles y araucanos. De hecho, en un artículo comparativo propio de estos convulsionados tiempos, en la simbólica *La Esmeralda* de Coronel, se retrata cómo la historia es interpretada para construir mitos heroicos que enfatizan la idea de raza, subrayando el antagonismo entre ambos pueblos:

Hará comprender que, descendientes de una raza de titanes, aunque adormecidos en una paz octogenaria, entregados tan solo al rudo golpe del combo o la barreta en los trabajos de la industria; sus hijos – bravos entre los bravos – corren frenéticos en ardiente patriotismo al eco sonoro y vengador del clarín guerrero al campo de batalla, para vengar en su sangre y su denuedo la traición asquerosa y sin nombre de ese pueblo que, más que una nación mediocrementemente civilizada, es un lupanar repugnante de corrupción y secuestro. (*La Esmeralda*, Coronel, 6 de agosto de 1879, p. 2).

La concepción civilizadora se funde con un discurso racial y cultural que siembra un espíritu nacionalista. Lo mismo pretendían los arengadores peruanos que, a través de las lecturas de una de sus canciones, dejan entrever cierta desesperación sobre lo que consideran un pueblo adormecido. El arequipeño Samuel Valverde, en su canción “Despierta, oh pueblo, del fatal letargo”, esgrime como recurso retórico “que el roto viene a perturbar tu paz! [...] Los torpes hijos de Arauco son; / Mas los malvados del cuchillo corvo, Pagarán cara su brutal traición”. La distinción racial es considerada una estrategia retórica válida para despertar la furia de un aletargado pueblo, definiéndola con características criminales: “Buscando viene el exterminio y muerte [...] Al crimen nunca se le puso freno /En donde quiera que esa raza esté; / ¿Pero qué extraño, si la voz chileno /La expresión siempre de lo malo fue?” (*El Eco del Misti*, Arequipa, 2 de septiembre de 1879, p.2). No sólo distingue a la chilena como una raza distinta, sino le atribuye cualidades negativas que son las que amenazan a su pueblo. En misma línea, *El Murciélagos* aprovecha la celebración del 18 de septiembre, fecha simbólica que marca el inicio del proceso independentista en Chile, para dirigir sus dardos a la nación chilena definiéndola como una

raza que encarna los peores valores del hombre: “Sabén que por gran desgracia / En esa raza encarnados / Están el robo la insidia, / La perfidia y el engaño, / El embuste y la mentira, / El homicidio” (*El Murciélago*, Lima, 20 de septiembre de 1879, p. 182). Es tal su afán por inscribir al pueblo chileno como representante de una nación o raza como símbolo de la maldad, que plantea que: “Está es su sangre, en sus venas, / En su pecho, en sus costados, / En todos sus intestinos, / En sus plantas, en sus manos, / El elemento del mal / Está todo cobijado; / Y allá desde el corazón / Parte el foco, cual radio, / El germen que constituye / Su ser, su vida, su estado” (Ibíd.).

Estas palabras buscan perpetuar la imagen bestial del pueblo enemigo, en donde el conflicto es fruto de su condición de raza o “su ser”, “el germen”, que está por sobre toda temporalidad histórica. La intensidad y la aspereza del debate entre chilenos y peruanos, en estos primeros meses de declarada la guerra, se enmarcaba dentro de la desesperación de los publicistas por forjar un discurso nacionalista que movilizara a las masas, aportándole imágenes y palabras que le dieran sentido al entrar en combate con el enemigo. El discurso racial entonces se convierte en una retórica inclusiva que busca forjar una homogeneidad nacional.

## **El auge del roto como símbolo nacional en Chile**

El 29 de octubre de 1879 se publica en *El Mercurio de Valparaíso*, una editorial titulada “El Roto Chileno”. El escritor aclara en sus primeras palabras, que acepta el apodo de “roto” que los colegas peruanos, bolivianos y argentinos le han asignado a la masa popular en Chile. Este periódico se hace cargo, en esta guerra de palabras, de la denominación de “roto”, definiéndolo así como el representante de los sectores populares. Gabriel Salazar reconoce que después de la “guerra del Pacífico el ‘roto chileno’ dejó ser el lobo estepario o el incómodo merodeador nocturno que inquietaba a los propietarios de 1830-1840” (1989).<sup>7</sup> Hasta 1879 el “roto chileno” fue para la elite, más bien una figura controversial que se aleja de la idea de progreso que imperaba en aquellos años. Por la década de 1870 la exclusión del roto era transversal en la opinión de la elite capitalina, siendo marginado espacial y discursivamente (Cid, 2009).

<sup>7</sup> Gabriel Salazar explica el surgimiento como fenómeno social e histórico del “roto chileno” como el resultado de la crisis del campesinado ante la política monopolista del “patriciado”, circunscrito al período histórico entre 1820-1840.

Sin embargo, la guerra del Pacífico se convirtió en un clivaje que exigió incorporar a los sectores populares con el fin de promover la cohesión social. “La mirada paternalista” propuesta por Luis Alberto Romero, fue nuevamente rescatada por elite letrada chilena para reinterpretar esta controversial figura que generó en algunos momentos, “la mirada horrorizada” de algunos sectores del patriciado capitalino (1997).<sup>8</sup> En la batalla de palabras entre los pregoneros peruanos y chilenos, la representación del roto se convierte en un protagonista con significados antagónicos. El roto para los peruanos, era símbolo del salvajismo del pueblo chileno, en cambios la elite letrada y en respuesta a esta crítica, lo resignificaba arrogándole ser el representante del pueblo chileno al adornarlo con virtudes que lo acercan como agente nacional sumido en el progreso. Este imaginario ideal se concretó incluso con la elevación de un monumento y el establecimiento del día del roto, actos que nos fueron suficientes para consagrar la figura del roto, que a finales y principios del siglo XX siguió siendo vista con sospecha por la elite chilena (Gutiérrez, 2010).

Simbólicamente, la editorial de *El Mercurio de Valparaíso* fue publicada el mismo día en que zarpaba la expedición que posteriormente desembarcó en el puerto peruano de Pisagua. Tal evento se convirtió en un momento crucial para la arenga guerrera, ya que ayudó a que se propagara el discurso nacionalista que tendrá por objeto glorificar la figura del roto como símbolo del pueblo chileno. En el escrito porteño de este período, se hacía gala de los progresos existentes en todos los ámbitos tanto de la economía, como de la agricultura y la minería, colocando como protagonista al ‘roto’, afirmando por ejemplo, que “la historia de nuestra agricultura tan rica en conquistas de progreso y de paciencia, es la historia del roto chileno”. Con esto se busca hacer un reconocimiento alegórico a los sectores populares que irrumpían en la escena nacional transformándose en protagonistas de la guerra. Luego de resaltar sus virtudes, cuestiona a sus interlocutores extranjeros preguntándose si estos tendrán la misma opinión del símil del roto en sus propias naciones: “No sabemos qué tal opinión disfruten allí los cholos, cuicos y gauchos”. Se les crítica entonces que no han sido capaces de rescatar a los representantes de su propio pueblo, señalando incluso que es de “presumir que a los primeros se les haya clasificado

<sup>8</sup> Luis Alberto Romero pesquisa la figura del “Roto y gañanes” a partir de 1840 vinculándolos a los procesos migratorios del campo a la ciudad convirtiéndose en los habitantes de los arrabales de la capital.

entre los macacos y los restantes en la especies de los jaguares y los gatos monteses” (*El Mercurio de Valparaíso*, Valparaíso, 29 de octubre de 1879, p. 2)

Con esto se busca marcar una diferencia, presentando una mayor cohesión nacional al rescatar de manera simbólica las virtudes de su pueblo. Por ello afirma con confianza “Con un pueblo semejante no podemos ser vencidos; no, jamás, jamás... ¡Dichoso país el que tiene para su defensa hijos como el roto chileno!”. En la revisión de las fuentes del período, es posible observar que la figura del ‘cholo’ claramente no ocupó el mismo lugar que el roto dentro de las arengas peruanas. El discurso racial peruano se dirigió más bien a definir y resalta las características del enemigo, por cierto negativas y asociadas mayoritariamente al carácter bárbaro de estos, creando un sentido a la guerra distinto al propuesto por los oradores chilenos, ya que este pone su énfasis en la condena y en el repudio de los actos del enemigo más que en “inventar” y exacerbar la idea de nación como factor de cohesión.

El discurso nacionalista chileno en este momento cuenta con una historia “nacional” interpretada a luz de los cánones del progreso y las naciones civilizadas, declarando públicamente su quiebre con el americanismo; se declara heredero de una raza guerrera como el mítico pueblo araucano y ahora cuenta con un personaje – el roto – que le permite sumar a las masas, forjando un ideario nacional homogéneo que coloca al conflicto bélico, no como un problema diplomático o de gobierno, circunscrito exclusivamente a un reducido sector de la sociedad, sino que es presentado como la guerra de un pueblo, de una raza, de una nación que se ve en peligro. En esta retórica el discurso racista fue parte de las estrategias discursivas en las arengas chilenas y peruanas, sólo en la primera de estas naciones fue capaz de transformarse en una pieza importante de una verdadera ideología que explica el pasado, presente y futuro de un pueblo, sobre la base de un ideal nacionalista.

A partir del asalto y toma de Pisagua, el 2 de noviembre de 1879, el ‘roto’ se convierte en el protagonista de la guerra. El ‘roto’, fiel representante de lo que se consideraba “la raza chilena”, comienza ocupar un espacio importante en editoriales, artículos, discursos y canciones. En Antofagasta *El Pueblo Chileno* publicó un artículo, en la búsqueda de respuestas para explicar el por qué Chile sale victorioso en la contienda, en el cual es posible extraer el tradicional discurso de homogeneidad y superioridad que se replicó hasta el siglo XX, quedando algunos de sus residuos hasta la actualidad. Este periódico, en su afán de glorificar los éxitos bélicos chilenos, señala que entre las razones se encuentra “la

homogeneidad de raza, en primer lugar, forma de los chilenos un pueblo eminentemente fraternal”; distinguiéndose, de los odios de casta que existirían en el Perú y Bolivia: “aquí no tenemos las rivalidades entre cholos, serranos, cuicos, negros y zambos; aquí toda la población es gallarda, de frente despejada, altiva, frugal y emprendedora”. Algunos de sus pasajes se convierten en una oda al pueblo chileno: “[de] esta maravillosa homogeneidad” se explica el excelente soldado que es el Chile, siendo un “brillante testimonio” de aquello, el éxito alcanzado en Pisagua. Para este publicista, la homogeneidad racial es la clave que explica el éxito de las fuerzas chilenas, por este motivo interpela a sus colegas del Rímac al señalar: “A esto, señores del Perú y Bolivia, se debe la gran superioridad de Chile” (*El Pueblo Chileno*, Antofagasta, 9 de noviembre de 1879, p. 2).

Este discurso nacionalista, que apelaba a elementos raciales y nacionales, abrió espacio para que todos los actores de la esfera pública, incluso opositoras a la administración, se sumaran al diseño de las arengas guerras. Un buen ejemplo para retratar esta unanimidad en la opinión pública chilena es la voz conservadora de *El Independiente*. Celebrando lo acontecido en Pisagua, su redactor Zorobabel Rodríguez glorificaba la acción afirmando que “Chile tiene por qué estar orgulloso de sus hijos”. Para este tribuno de la esfera pública las razones del triunfo chileno: “Es cuento de raza”. Con esta estrategia discursiva el mundo conservador puede aplaudir con absoluta libertad las victorias alcanzadas, ya que no tiene el temor de que estos aplausos terminen glorificando la administración liberal. De esta forma, el lenguaje nacionalista adquiere una dimensión política muy inclusiva, que permite diluir las diferencias políticas e ideológicas a través de la exacerbación de elementos transversales y de consenso al interior de la sociedad, como lo fue la exaltación de una idea de raza. En este imaginario racial se subrayan el origen histórico de la raza chilena, al plantearse que estaría compuesto por los “Los hijos del indómito Arauco [...] los descendientes de los héroes legendarios, cantados por Ercilla”, dando cuenta de una mezcla – la raza – que además ha sido disciplinada, por el carácter europeo y por la ciencia moderna (*El Independiente*, Santiago, 13 de noviembre de 1879, p. 1).

A las cualidades físicas que sus colegas enfatizan, Rodríguez agrega argumentos que exacerbaban la “superioridad moral” de los chilenos, siendo una cualidad transversal al encontrarse anidada en “ricos y pobres, hombres de letras y hombres de negocios, los chilenos vivimos enamorados de la patria”. Plantea además que esta característica nos

diferencia de los pueblos enemigos: “El infeliz indígena, – continua ‘El Independiente’ – que es la base del ejército aliado, no conoce a la patria más que de nombre, ni conoce más que los aspectos sombríos y odiosos de la vida civilizada”. La falta de progreso e ilustración de estos habitantes, a diferencias de los ‘rotos chilenos’, explicarían la incapacidad de estos pueblos de acercarse a sentimientos tales como el amor a la patria. Y el soldado chileno “no es más que el roto chileno con uniforme militar, he ahí nuestro héroe eterno y nuestro invencible generalísimo” (Ibíd). Se busca entonces la inmortalización del ‘roto’ a través del reconocimiento por parte del Estado, al sugerir que se le levante un monumento. No hay que dejar de subrayar que los conservadores se encuentran en la oposición al gobierno liberal, con las elecciones parlamentarias y presidenciales a cuestas, por lo cual les es cómodo elogiar al pueblo a través de la figura del roto, más que responsabilizar de los éxitos militares a sus líderes militares y políticos. Por tanto, el discurso nacionalista chileno es más bien un lugar de encuentro de todas las facciones que deja espacio para la movilidad y las diferencias.

La irrupción retórica nacionalista fue tan generalizada, que en Concepción *La Revista del Sur*, exclamaba “Vivan lo rotos”, calificando de “épico y homérico” lo sucedido en Pisagua. Sobre quiénes son los responsables de gloriosos hechos, se plantea que: “Si fueron los rotos chilenos, nuestros compatriotas, nuestros hermanos, nuestros compañeros de lucha en las tareas de la vida republicana y laboriosa que llevamos, los cultivadores de nuestros campos”. Este personaje se encumbra como el verdadero gestor, no sólo del triunfo chileno, sino que también se le atribuye como responsable del progreso que muestra la nación: “Sí, fueron los rotos chilenos, raza de gigantes, de titanes y de héroes, tan aptos para manejar el arado, la barreta y el combo, como el fusil, el cañón y la ametralladora”. Aplaude la idea de elevar un monumento a los rotos en muestra de gratitud, idea que, según se manifiesta “es acogida con entusiasmo por liberales y conservadores, es decir, por el país entero”. Lo anterior claramente revela lo transversal del discurso y como éste es cómodo para todos los sectores políticos y sociales. (*La Revista del Sur*, 18 de octubre de 1879, p. 2)

La alegoría al ‘roto’ como estrategia discursiva para glorificar a los sectores populares, será un recurso difundido en todo Chile. Por ejemplo, en Vallenar se publicó una editorial escrita por Eduardo Ossandon Planet titulada “Pobre rotos”. Este artículo salió a la luz primero en *La Acción* de Vallenar y posteriormente en *El Catorce de Febrero* de Antofagasta (2 de enero de 1880, p. 1). Es interesante la propuesta de Ossandon, ya

que recrea en la primera parte de su narrativa, el diálogo entre el roto y su patrón, reflejando la sintonía y el compromiso entre ambas clases sociales por el sentimiento nacional. Cuando el roto le pregunta por qué es la guerra, el patrón le contesta “porque esa nación desmoralizada, porque ese gobierno sin conciencia, han ultrajado a Chile, porque le tienen envidia; porque ese gobierno fragua, en las tinieblas, la ruina de nuestra patria”, a lo que responde el roto entusiastamente: “Ve! Le hacemos la guerra, pues, patroncito” (*La Acción*, Vallenar, 20 de diciembre de 1879, p. 1).

Esta escena, según Ossandon, sería un “pintura valida” del entusiasmo con que los rotos o los sectores populares se suman a la causa bélica. Sin embargo, su artículo continúa haciendo una crítica directa a la falta de reconocimiento por los sacrificios de los rotos y como una forma de resarcir tal injusticia, señala: “Roto, tu mereces un altar en el templo del heroísmo y de la virtud”. Critica el protagonismo que oficiales y directivos asumen en la guerra ante los ojos de la prensa, olvidándose de los rotos y dice al respecto: “Ah! Roto, si hubieras tenido un galón sobre tus hombros, o una fortuna en tu bolsillo, tu nombre habría saltado fácilmente a los ojos en las columnas de todos los diarios”. Al igual que *El Independiente*, exige más reconocimiento por esos soldados anónimos personificados en el ‘roto’, por lo que señala de manera sarcástica: “Roto, tú debieras llenar la casa de gobierno”, con el claro objetivo de restarle méritos al gobierno del Presidente Anibal Pinto y la clase política en general (Ibíd). La soterrada crítica a la prensa y a lo que considera el excesivo protagonismo de la oficialidad en detrimento de los soldados de bajo rango, que no son otros que los rotos, manifiesta cierta desazón y se devela como una estrategia para quitarle protagonismo político a la administración liberal.

Incluso el periódico liberal *El Ferrocarril* no pudo quedarse al margen de este discurso que se propagaba con fuerza por el país, ya que en el mes de enero publica una canción dedicada a los ‘rotos’, una verdadera alegoría este sujeto popular, la que glorifica sus virtudes, no sólo en el ámbito bélico, sino también reconociendo su aporte al progreso de la nación, ya que “el roto cava las minas [y cultiva estériles tierras: “Apóstoles del trabajo, / Del progreso misioneros, / Arriba! Al campo! A la acción! / Tocan cornetas de guerra/ Armas piden los obreros, / Armas pide la nación”. En la nota al pie de la página, aclara que es imposible poner el nombre del autor porque esta obra no es de un solo, “es la obra de todos los chilenos, el pensamiento íntimo de todos los rotos laboriosos” (*El Ferrocarril*, Santiago, 14 de enero de 1880, p. 2).

Los triunfos alcanzados en la campaña de Tarapacá embriagaron a todos los ciudadanos, utilizándolos como medios para hacer de la guerra un acontecimiento cada vez más popular. En La Serena la discusión comienza a develar cual debía ser el próximo objetivo de Chile, planteando que luego de los triunfos alcanzados, Lima debía ser el nuevo destino. En sintonía con el discurso racial que comparte gran parte de la opinión pública chilena, plantea que los “descendientes de Caupolicán y Lautaro” nuevamente asistirán al derrumbe de Lima y que sería humillada “por esas gloriosas huestes que en su necia vanidad llamó “tropas de rotos desalmados y sin camisa” (*La Esmeralda*, La Serena, 14 de enero de 1880, p. 2). En Vichuquén, inspirados en la misma línea, se representaban a los ‘rotos’ como redentores: “Los rotos de Chile, cuando se trata de castigar al traidor y al que pretende pisotear los sagrados derechos de su patria, no se arredran ante el crecido número de enemigos, ante la superioridad de sus posiciones ni de sus armas”, destacando además sus virtudes en el trabajo que tiene a la nación sumida en el progreso (*El Civismo*, Vichuquén, 16 de marzo de 1880, p. 2). Por otro lado, *El Censor* de San Felipe a través de su virulento redactor, Clemente Suarez, se pregunta “¿a dónde van nuestros valientes?” planteando que se debe ir de inmediato a la Lima, ya que “salvajismo tradicional del cholaje limeño” o esa “raza de cobardes y ambiciosos”, sólo naufragará con un ataque directo a su capital (*El Censor*, San Felipe, 18 de enero de 1880, p. 1). El duro discurso racial esgrimido en su publicación siguiente es completado con la publicación de una oda a “El Roto Chileno”, compuesta por Delfina María Hidalgo en cuyas letras es posible captar esta idealización del ‘roto’, el que es caracterizado lleno de virtudes: “Dotado de inteligencia, /De sublimes sentimientos, /Las artes y los inventos/No desconoció jamás!” (*El Censor*, San Felipe, 15 de febrero de 1880, p. 1). En tanto, Amador Cueto, a través de *El Correo de Quillota*, escribía “La conciencia del Chileno”, exaltando con orgullo que “Soy chileno [y] descendiente de una raza valerosa e independiente”. Siguiendo la misma línea eugenésica, apelada por todas las voces desplegadas dentro del espacio público, plantea que la raza chilena se distingue por la mezcla entre la raza araucana y española: “Soy fuerte, robusto y sano como un araucano, y esbelto, ágil y hermoso como un español”. Las palabras de Cueto se insertan en esta mirada esencialista de la nación, sobre la que se construye una concepción idílica tanto en lo moral como en lo material: “mi patria un país dotado por la naturaleza de cuantos bienes puede ella dispensar con mano prodiga” (*El Correo de Quillota*, Quillota, 22 de agosto de 1880, p. 2).

## La retórica nacionalista: la consolidación y el ocaso

Así como las victorias militares significaron una intensificación del discurso nacionalista de carácter racial en Chile, el desarrollo de la guerra también generó cambios en la estrategia discursiva al mirar la retórica peruana. El fracaso militar de Tarapacá por parte de las fuerzas aliadas en los meses de octubre y noviembre, provocó el derrocamiento en diciembre del gobierno de Prado, asumiendo el poder la dictadura del caudillo Nicolás Piérola. Esto generó un cambio en la estrategia discursiva peruana, ajustándose a los objetivos del nuevo gobierno. Los espacios públicos fueron, de alguna forma, regulados, como sucedido en el ámbito de los periódicos que se vieron en la obligación de poner el nombre de los responsables de artículos y editoriales. La estrategia propagandística del gobierno buscó enfatizar el carácter racial del Perú, rescatando de forma simbólica a la “raza indígena” al declararse incluso por decreto, su protector. Este discurso se replicó a través de las autoridades locales, que dirigieron sus proclamas bélicas invocando un discurso racial. Es el caso del prefecto de Puno, Julio César Chocano, quien dirigió una arenga a sus habitantes la que fue publicada más tarde por el periódico pierolista *El Eco del Misti*, que puso especial énfasis en el tema racial. En dicha proclama manifiesta su preocupación por la libertad que se encuentra en peligro en la presente guerra, a lo cual la raza indígena no debía estar al margen, por eso interpela a los indígenas planteando: “responda esa desgraciada raza indígena, que después de derramar su sangre a torrentes en defensa de la autonomía del Perú” reconociendo a su vez que “¡Cuántos abusos la encorvan, cuantas cargas la abruman!” (*El Eco del Misti*, Arequipa, 14 de enero de 1880, 1).

El discurso es claramente un reconocimiento a los pueblos indígenas, pero a la vez pide su compromiso ante las críticas circunstancias que enfrenta la nación. Por ello se compromete: “Defender sus incontestables derechos es para mí no solo cumplir un deber de estricta justicia, sino secundar la política regeneradora del actual Jefe Supremo”. La defensa de los derechos de la raza indígena queda sujeta a su compromiso en la guerra, ya que es necesario “Contribuir eficaz y activamente, con la cooperación de todos los hijos del Departamento, a obtener una segura victoria sobre Chile y hacer efectiva esa protección de la raza indígena” (Ibíd.). Esta retórica bélica es más bien un reconocimiento político institucional, pero no una inclusión a una identidad nacional, es un discurso impulsado por las esferas del poder central que no fructificó, producto de la debilidad política del Perú. Una inestabilidad institucional

que finalmente llevó a la fragmentación, la que sumada a la ausencia de una opinión pública fuerte y unida durante el período de ocupación chilena, impidió la consolidación de un discurso nacionalista al interior del Perú.

Los éxitos bélicos comenzaron a transformarse en una confirmación de esta retórica nacionalista que enfatiza las características guerreras de la raza chilena, las cualidades morales del ‘roto’ que redundarían en la grandeza de la nación y en las continuas victorias del ejército chileno. La toma del morro de Arica en junio de 1880, cierra una segunda campaña del ejército chileno, significando otro hito dentro de la guerra para los publicistas chilenos que, ante la consecutiva cosecha de triunfos bélicos, veían reforzados sus argumentos. A días del zarpe de la expedición de Patricio Lynch a las costas peruanas del norte, el publicista Juan Mujica de Antofagasta, realiza un nuevo análisis comparativo entre Chile y las naciones que conforman la Alianza, planteando que la primera es un “singular fenómeno” ya que con una guerra a costas no hay ninguna área de la actividad productiva y social que haya sufrido una perturbación. Esta situación probaría “que la nación chilena es más poderosa”, fenómeno que se explicaría por “la homogeneidad de raza, los hábitos laboriosos del chileno, su acendrado amor a la patria, su vigor moral y pujanza” (*El Pueblo Chileno*, Antofagasta, 8 de noviembre de 1880, 1). El mito de la homogeneidad racial es instalado en el discurso bélico como variable explicativa para demostrar el éxito de Chile en la guerra, lo cual por sí solo – agrega Mujica – le debería valer el respeto de todas las naciones.

Este discurso se ve refrendado más tarde con el triunfo del ejército en Chorrillos y Miraflores en enero de 1881, estas batallas abrieron las puertas de Lima lo cual generó la embriaguez de los publicistas chilenos, los que como Ángel Lillo, celebraron la victoria con canciones y cuecas, las cuales dan un trato despectivo e hiriente a los soldados peruanos, con un sentido claramente racista: “De cholos muertos y heridos/ ¡Ah, que tristes alaridos /Se oyen de los mutilados!” contraponiéndolo a las virtudes de “el gran roto chileno”; cerrando con frases de fuerte calibre, tales como “¡Muera la raza peruana! ¡Vivan los rotos chilenos!” (Lillo, 1881. Biblioteca Nacional de Chile).

Con la caída de la “orgullosa capital de los virreyes”, según las palabras de algunos escritores chilenos, se termina por consagrar el discurso nacionalista chileno. Con esto se confirma el destino fijado por las arengas guerras, que glorificaban a Chile como una nación superior debido a sus características materiales, morales y raciales. Fue tal la

fuerza de este discurso luego de la victoria en Lima, que la publicación *El Veintiuno de Mayo* en Iquique, con bastante soberbia afirmó: “El destino de las naciones aliadas en nuestra contra estaba ya señalado y previsto desde los primeros momentos”. La explicación sobre la derrota no podía ser otra: “la diferencia de razas, refiriéndonos con especialidad al Perú. La una era heterogénea, ignorante, perezosa y cobarde; la otra homogénea, inteligente, trabajadora y valerosa” (*El Veintiuno de Mayo*, Iquique, 23 del primero de 1881, p. 2). La caída de Lima en los discursos empleados por los oradores, tienen un significado que va más allá de un triunfo militar, se trata de un momento que reflejaba de manera íntegra todas la virtudes nacionales.

En la localidad de Vichuquén manifestaron el mismo tono discursivo al señalar la victoria como un premio, al ser “la República más trabajadora, laboriosa, honrada y pacífica, como es la que nos vio nacer”, con lo que le entrega una condición nacional particular y que sirve, a su vez, para explicar que los éxitos en la guerra recaen en las condiciones morales del pueblo (*El Civismo*, Vichuquén, 1 de febrero de 1881, p. 1). De esta forma, el discurso bélico cumple la función de ilustrar sobre el por qué del éxito chileno en la presente guerra y contribuye a concretar una idea de nación, diferenciándolas de las otras naciones que, hasta antes de la guerra eran consideradas hermanas. Así lo estipuló *La Revista del Sur* en Concepción, que exclamaba en su editorial: “¡Llegamos al Fin! ¡Pueblo inmortal de Chile! Habéis llegado al pináculo de la gloria!”. Para todos los actores, lo sucedido en Chorrillos y Miraflores representaba el cierre definitivo de la guerra, era el momento de balances, para explicar “¿Qué poder ha tenido este gran pueblo de Chile para tanta fortuna?”, construyéndose una respuesta de carácter nacionalista que fue generándose y enriqueciéndose en los diferentes momentos del conflicto, tal como se puede observar *La Revista del Sur*, que llega a la misma conclusión de su colega del norte, al señalar las razones que explican el triunfo en esta contienda bélica:

El corazón se llena de orgullo al pensar que todo el secreto de los triunfos de Chile, lo debe a sus virtudes cívicas de un pueblo que sabe amar su patria, que tiene la conciencia de su justicia; de un pueblo que se ha hecho fuerte por el trabajo, pueblo moralizado; una nación con estas virtudes no es vencida! (*La Revista del Sur*, Concepción, 25 de enero de 1885, p. 3).

Obviamente uno de los grandes panegíricos de la guerra lo ejecuta Benjamín Vicuña Mackenna, quien no podía estar ajeno a celebrar la

victoria chilena alcanzada en Lima. Las palabras de Vicuña Mackenna para glorificar este acontecimiento que adquirió relieves nacionales, no se distancian de las utilizadas por sus colegas en las diferentes localidades de la nación. El lenguaje político esgrimido, que ensalza la batalla, es revestido por un marcado nacionalismo que busca consolidar una idea de nación. El discurso bélico en Chile se convierte en una narrativa nacionalista alimentada por una concepción civilizadora que incluye, además, una mirada racista que rescata en su narrativa, de manera simbólica, imágenes míticas, como el araucano indómito y el ‘roto’; adscribiéndoles cualidades morales superiores que por añadidura recaen en una deificación de la nación. Vicuña Mackenna, inspirado por este ánimo de cierre del conflicto que desbordó al país, plantea con satisfacción “La gran victoria del pueblo chileno”, con el claro fin de atribuir a la guerra un sentido nacional, dirigiendo sus felicitaciones al pueblo como todo homogéneo y omitiendo absolutamente alguna responsabilidad a la autoridades públicas. Vicuña Mackenna contribuye a consagrar esta idea, con afirmaciones tales como “¡Por el esfuerzo de vuestros mayores Chile fue nación que liberta! ¡Por el vuestro, Chile es nación que castiga!”, al tiempo en que se cuestiona: “¿Qué pueblo del mundo hizo jamás lo que vosotros habéis hecho, sobrios, sufridos, generosos, invencibles rotos de Chile, conducidos por los que con vosotros mueren y con vosotros triunfan?” (*La Verdad*, Valdivia, 12 de marzo de 1881, p. 2). La reiterada glorificación del ‘roto’, del araucano, de la historia y progreso nacional, se sumergen de forma congruente en un discurso nacionalista que pone como protagonista en esta guerra, los elementos que posteriormente se consideran más representativos de la nación. Las autoridades públicas y la oficialidad militar queda de alguna forma opacada, ya que ellos pasan a ser simples medios o representantes de algo superior que es la nación.

En tanto, en el Perú, el discurso racista de la guerra es desplazado por un lenguaje republicano como único canal para establecer consensos dentro de la fragmentada clase política peruana que buscan detener la descomposición en que se encontraba la nación durante el período de ocupación. El discurso que reconoció a los pueblos indígenas como un elemento constitutivo de la nación renacerá en las reflexiones que buscarán responder el por qué del fracaso, la generación de intelectuales peruanos del “novecientos y del centenario” plantearán a la necesidad de incorporar al mundo indígena como parte sustancial de la identidad nacional. Jorge Polar, uno de los más enconados publicistas de la guerra, que desde Arequipa escribió innumerables artículos para incendiar la

opinión peruana y motivar la defensa del nación, a finales de 1899 presentó su tesis en la Universidad de San Marcos en Lima, para optar al grado de Bachiller, en la que reflexiona sobre las “aptitudes políticas de nuestra raza”, haciendo lo que él define como un estudio de “Sicología Política”. Sus argumentos se dirigen, dentro de un lógica racial al subrayar las cualidades “fisiológicas y psicológicas” de la raza, las cuales a su juicio demuestran aptitudes políticas para el ejercicio de la libertad, aceptando de todas maneras que dichas capacidades todavía son bastante limitadas. Después de analizar lo diversa y extensa que es la geografía de la nación, recoge la herencia inca y quechua a la cual le adjudica “indolencia contemplativa y soñadora”, pero de todas formas constituye una “raza buena, sana, paciente, laboriosa, resistente hasta lo inverosímil, es esa raza quechua, tan desgraciada desde que salió de su feliz servidumbre”. Estas características raciales son equilibradas “por la brillante raza española del siglo XVI en lo que tenía de más excitada de mas intranquila”. El análisis de Polar en este sentido, se asemeja al utilizado por los oradores y publicistas chilenos durante la guerra. Las reflexiones de Polar lo llevan a sostener que “El Perú es un patria, puesto que sus hijos saben morir por ella, y el pueblo que es un patria no es imposible que llegue a ser un estado de hombres libres, bien gobernados” (1900a). Y reflexionando respecto de lo que significa la patria, arguye que la tierra es uno de los elementos primordiales, abriendo claramente la cicatriz al mencionar los territorios perdidos en la guerra, señala que “además de la tierra es, patria también, la sangre... son patria nuestros antepasados, todos los que antes que nosotros vivieron y lucharon en esta tierra bendita. Es patria por tanto la historia” (Polar, 1900b). Para Polar, la tierra y la raza son conceptos que pasarán a ser claves para definir la nación después del desastre político y social que significará la guerra del Pacífico.

## Conclusión

La guerra de palabras entre las naciones en pugna obligó a los participantes de los espacios públicos a crear relatos cohesionadores que dieran un sentido al conflicto. A este respecto, el lenguaje racista se caracterizó por incorporar elementos culturales y clasistas como una forma de ejemplificar y darle más fuerza a la idea de las diferencias raciales. Por esto, el racismo cultural, como se ha definido, operó con una doble funcionalidad al establecer los dispositivos discursivos de inclusión y exclusión, recurriendo para ello a metáforas y símbolos

de origen cultural o clasistas interpretados bajo una lógica racial. Esto significa que el discurso guerrero de carácter nacionalista se transformó en un arma retórica, que fue capaz de explicar las razones morales del conflicto en base imágenes y palabras con un fuerte contenido racial, que se orientó a crear imaginario regenerador o condenatorio.

El discurso nacionalista con características raciales se manifestó en los espacios públicos chilenos y peruanos. Esto no significa que hayan sido idénticos ni que presentaran el mismo comportamiento y resultado a lo largo de la guerra. En Chile observamos espacios públicos diversos, en el sentido de la cantidad de actores y lugares que se sumaron para construir un discurso nacionalista que se expandió rápidamente por todas las localidades de la nación. El Estado y las autoridades públicas de la época no fueron los protagonistas, tanto en la producción como en el despliegue de la propaganda, ya que la existencia de un espacio público en el que participaron diversos actores, tanto en el ámbito nacional como local, permitió la rápida difusión de un discurso, de característica nacionalista y, fundamentalmente, de carácter racial que nace como una forma de revertir las críticas que se realizan desde afuera y que definían a los chilenos como un pueblo salvaje.

Es así como losregoneros de la guerra plantearon una estrategia discursiva que buscó construir la imagen nacional que se ancló en la apelación a la herencia guerrera del pueblo araucano, a las virtudes sumidas en el progreso de sus clases populares representadas en el ‘roto’ y los adelantos materiales alcanzados desde que Chile se constituyó oficialmente como nación. Estas cualidades les llevaron a forjar una idea de superioridad material y moral que se convierte en la variable para explicar los éxitos en la guerra. El nacionalismo chileno se adscribió a la concepción civilizadora que aboga por principios universales, pero le entrega un valor agregado al rescatar simbólicamente las imágenes y sujetos que se consideran como características propias y representativas de una identidad nacional.

En tanto en el Perú, si bien se puede extraer un sentido racial a su arenga guerrera, ésta se dirigió principalmente a definir al otro. Nicolás Piérola, en un intento por atribuir un sentido nacionalista al discurso, invita a las “razas indígenas” a sumarse al conflicto, pero no logró forjar un discurso nacionalista de manera íntegra, ya que su reconocimiento era más bien una defensa de los derechos violados a los indígenas, pero no una construcción de una identidad nacional que se anclase en estos pueblos. Además, el quiebre institucional a mitad de la guerra, a fines de 1879, más que unir a la clase política peruana profundizó las diferencias

y desconfianzas. A pesar de la inmensidad territorial y la fuerza de las regiones en el Perú, existió muy poca autonomía en términos discursivos de las localidades. El protagonismo de las autoridades en todos los espacios públicos, se puede señalar como una de las debilidades para construir un lenguaje político nacionalista que permitiera construir un discurso bélico que tuviera la fuerza para alcanzar la anhelada cohesión. Todas las proclamas y periódicos emitidos siempre estuvieron sujetos a las vicisitudes del gobierno central, impidiendo que la retórica bélica se fuera desarrollando gradualmente hasta constituirse en un discurso sólido y coherente, por lo que el discurso peruano debió, en ese sentido, hacer frente a la contingencia bélica externa y a la desintegración política interna.

## Referencias

- BULNES, G. *Guerra del Pacífico. De Tarapacá a Lima*. Valparaíso: Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1914.
- CID, G. Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo. In: CID, G.; SAN FRANCISCO, A. (Eds.); *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX*. Santiago: Centro de Estudios Bicentenario, 2009.
- ENCINA, F. *Historia de Chile: desde la prehistoria hasta 1891*. Santiago: Nascimento, 1940-52.
- GOLDBERG, D. T. *Racist culture: philosophy and the politics of meaning*. Massachusetts: Blackwell Publishers, 2002.
- GÓNGORA, M. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones La Ciudad, 1981.
- GUTIÉRREZ, H. La exaltación del mestizo: La invención del Roto Chileno. *Universum*, n. 1, p. 122-139, 2010.
- HERNANDEZ, R. *El roto chileno: bosquejo histórico de actualidad*. Valparaíso: Imprenta San Rafael, 1929.
- KLAIBER, J. Los “cholos” y los “rotos”: actitudes raciales durante la guerra del Pacífico. *Histórica*, n. 2, p. 27-37, 1978.
- LILLO, Á. *La primera gran batalla de Chorrillos*. Santiago: Imprenta Los Tiempos, 1881. (Biblioteca Nacional de Chile).
- MARTÍNEZ, J.; MARTÍNEZ, N.; GALLARDO, V. “Rotos”, “cholos” y “gauchos”: la emergencia de nuevos sujetos en el cambio de algunos imaginarios nacionales republicanos (siglo XIX). In: ARAYA, A. (Ed.). *Nación, Estado y cultura en América Latina*. Santiago: Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile, 2003.
- MCEVOY, C. *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2011.
- PALACIOS, N. (Ed.). *Raza chilena. Libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Santiago: Editorial Chilena, 1918.

PALTI, E. *El tiempo de la política, el siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2007.

PASCUALE, M. A. D. Desde la historia de las ideas a la nueva historia intelectual: retrospectivas y perspectivas. Un mapeo de la cuestión. *Universum*, n. 26, p. 79-92.

POLAR, J. Aptitudes políticas de nuestra raza. In: GARCÍA CALDERÓN, F. (Ed.). *Anales de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima publicados por su rector el Dr. D. Francisco García Calderón*. Lima: Imprenta Liberal, 1900a.

\_\_\_\_\_. La patria es una realidad natural, moral y jurídica. In: GARCÍA CALDERÓN, F. (Ed.). *Anales de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima publicados por su rector el Dr. D. Francisco García Calderón*. Lima: Imprenta Liberal, 1900b.

PUENTE, J. D. L. A. La historiografía peruana del XX y su aporte a la visión mestiza de la nacionalidad. *Revista Histórica*, p. 103-119, 1999-2001.

ROMERO, L. A. *¿Qué hacer con los pobres? Elites y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1995*. Santiago: Editorial Sudamericana, 1997.

SALAZAR, G. *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago: Ediciones Sur, 1989.

SÁNCHEZ ARTEAGA, J. M. La racionalidad delirante: el racismo científico en la segunda mitad del siglo XIX. *Revista de Asoc. Esp. Neuropsiq.*, v. XXVII, p. 383-398, 2007.

STAROBINSKI, J. La palabra civilización. *Prismas – Revistas de Historia Intelectual*, p. 9-36, 1999.

VALLESPÍN, F. Aspectos metodológicos en la Historia de la Teoría Política. In: VALLESPÍN, F. (Ed.). *Historia de la teoría política*. Madrid: Alianza, 2000.

VÉLIZ, C. *La tradición centralista de América Latina*. Barcelona: Ariel, 1984.

WALZER, M. *Guerras justas e injustas: un razonamiento moral con ejemplos históricos*. Barcelona: Editorial Paidós, 2001.

Submitido em: 10/08/2012

Aprovado em: 25/10/2012